

Cristianos y políticos: ¿amigos o enemigos? Entre la deserción y la traición, el compromiso auténtico

Sergio Micco Aguayo¹

Introducción:

Muchos cristianos han sido reacios a involucrarse activamente en política. Mal que mal Jesús nos enseñó que había que darle al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios (Mt. 22, 21). A veces llevados por la cobardía y otras veces por una sincera humildad, los cristianos desertan de la política. El propio Pedro declara tres veces no conocer a Cristo cuando este era condenado por las autoridades judías y romanas; Martin Luther King ruega a Dios que aparte de su boca este amargo cáliz para poder volver a ser un tranquilo y carismático pastor bautista. Otros, llevados por la justa ira ante los abusos de los poderosos y las crueles leyes de la política, ceden a la tentación de traicionar el mensaje evangélico y usar los mismos métodos de los enemigos de Jesús. Pedro desvainando la espada y la condena a muerte del teólogo protestante Dietrich Bonhoeffer nos habla de este segundo abismo ético. Sin embargo, el cristiano no debe desertar abandonando el palacio en manos de la injusticia; ni mucho menos traicionar, entregándose en brazos de un falso realismo político. Es decir, se las debe ingeniar para estar en el mundo y vencer, teniendo cabeza, corazón y estómago para ser justo y fuerte a la vez.

I.- Fundamentos de una opción bíblica por la política y razones para su repulsa

Cualquier lector de la Biblia sabe que el Dios de los judíos es un Señor de la historia y que Jesús se encarna en la vida de su pueblo, metiendo las manos en el barro de la vida hasta los codos. La espera del reino mesiánico en el Antiguo Testamento; el relato del Éxodo en que Dios saca a su pueblo de la esclavitud económica, política y cultural; la Ley de Dios que es amor al prójimo y particularmente a los pobres, los desheredados, las viudas y los huérfanos; la voz de los profetas que denuncian con vigor y hasta el martirio las injusticias; la plegaria de los “pobres de Yavé” que elevan en los Salmos su súplica por el dolor y la injusticia sufrida; María, que con su Magnificat une el Antiguo con el Nuevo Testamento, y el propio mensaje y vida de Jesús nos hablan claramente de una significación también política de la salvación cristiana. No nos dejó estrategias ni tácticas, - quizás unas pocas - pero sí un principio central: que los jefes de las naciones no las opriman ni se sirvan de ellas, sino que deben servirles como esclavo de los demás (Mt. 21, 25-28). Tamaña revolución cambia todo en política y los cristianos debiéramos hacernos cargo de ello.

Sin embargo, muchos se preguntarán ante la radicalidad evangélica si no estamos frente a una norma completamente impracticable en la política. Un político que se la pase poniendo la otra mejilla se quedará sin cara y el que viva sentándose en la parte de atrás del templo, ocultando además sus buenas obras, no ganará elección alguna. La ley de hierro de la política es la adquisición y la mantención del poder. El poder político, según que un extendido y lamentable consenso intelectual de derechas e izquierdas, lo ha identificado erróneamente con un instrumento que es el monopolio de la regulación y del uso de la fuerza pública legítima, es decir, de la violencia. Así de poco evangélico. Además, la lucha por tal medio, del que dependen para su satisfacción hondos intereses, pasiones e ideales, muchas veces será con quienes

¹ Miembro de la Comisión Justicia y Paz de la Conferencia Episcopal. Exposición efectuada en la Escuela Nacional de Líderes Católicos en la Universidad Católica de Chile el 30 de octubre del 2012. Los que quieran profundizar estos temas pueden remitirse a dos trabajos en que me baso y que son: “El cristianismo como una política de la trascendencia” y la “Política como drama”; en Micco, Sergio y Saffirio, Eduardo: **Anunciaron tu muerte**. Ediciones del Bicentenario. Ced. 2000.

han pactado con el diablo. ¿Y es prudente enviar “como corderos en medio de lobos (Lucas 10, 1-4)”? Maquiavelo lo consideró más que cosa de lobos, de locos, pues:

“un hombre que quiera hacer en todos los puntos profesión de bueno, labrará necesariamente su ruina entre tantos que no lo son. Por todo ello es necesario a un príncipe, si se quiere mantener, que aprenda a poder ser no bueno y a usar o no usar de esta capacidad en función de la necesidad”. (Maquiavelo, Pág. 83)

Como dijo el general De Gaulle, “la política no es en modo alguno cuestión de virtud y la perfección evangélica no conduce al poder”. (Spallaci: pág. 848). Nos es raro entonces que un cristiano bien inspirado opte por la deserción, es decir, sabiendo que se está dando un vital pero cruelísimo combate, opte por abandonar el campo de batalla. Nada más humano; pues es el mismo Pedro quien deserta ante el Sanhedrín de los 71 jefes supremos de Israel. No era un cobarde. El propio Cristo sabía de su total reciedumbre (Mateo 16,16-18). Al preguntarle si lo amaba, Pedro responde y Jesús no duda (Juan 21,17) Sin embargo, él, en la hora decisiva, no sólo se negó a reconocerse un discípulo de ese irreconocible Jesús que se humillaba y como cordero era llevado al matadero (Is. 52,7). Peor aún, tres veces, en medio de maldiciones, juró aquello de “¡Que no conozco a ese hombre!” (Mateo 26,74) Si se me permite decirlo en su defensa, Pedro no mintió; pues espiritualmente era tal la dureza de su cabeza que no pudo comprender – conocer vitalmente - que su Maestro no era profeta armado, rey poderoso ni sacerdote triunfante, sino un humilde y doliente siervo de Yahveh (Häring, págs. 56-57). Entonces deserta y huye.

II.- La tentación de la deserción y algunos antídotos espirituales e intelectuales

Al principio de la campaña del boicot de autobuses de Montgomery Martin Luther King duda. Había sido un no muy brillante estudiante, regular teólogo y era devorado por fuertes pasiones. Quizás por ello sólo dirigía una pequeña iglesia bautista de Dexter Avenue. Dudó de aceptar dirigir el boicot. Su padre, también pastor, no aceptaba que un sacerdote se comprometiera así con la política. Sin embargo, aceptó. Cuando la cosa pasó a mayores, una noche, mientras su esposa Coretta dormía, fue amenazado de volarle la cabeza y quemar la casa si no abandona la ciudad en tres días. No pudiendo conciliar el sueño, tuvo por compañía una taza de café y la desolación. King confesaría que “ya no podía soportarlo más” e “intenté pensar en una forma de desaparecer de escena si parecer un cobarde” (Frady pág. 69). ¿Qué lo hizo resistir esa noche a la tentación de la deserción, enfrentar la muerte y consolidar un tumultuoso avance de los derechos civiles que le han valido reconocimiento universal hasta hoy? Sin duda, la fe. Esa noche, en la cocina, confesó que “creyó escuchar una voz interior... La voz de Jesús”, que le decía en respuesta: ‘Martin Luther, lucha por la honestidad, lucha por la justicia, lucha por la verdad. Y yo estaré a tu lado hasta el fin del mundo’” (Frady pág. 69)

Más acá de la fe y más allá de la sola pasión, también su razón le señaló que si el desertaba no sólo faltaría a su deber con Dios sino para con los hombres condenando a la impotencia y al fracaso su sueño de igualdad. Como lo afirmó otro líder protestante de la justicia si los hombres querían que Dios fuese Dios, ellos debían estar dispuestos actuar como hombres. Por eso estando preso en Birmingham en la

primavera de 1963 escribió una carta llamado a la acción a quienes reclamaban que no era el momento o que los métodos eran demasiado extremos. Martin Luther King, en una veintena de páginas, escribía su verdadera tesis doctoral de teología política. Lector del filósofo judío Martin Buber sabía todo gran hombre es poderoso o no es un gran hombre. No se trata que anhele el poder sino que "Lo que anhela es la realización de lo que lleva en el pecho, la encarnación del espíritu". (Buber pág. 63) Para llevar a cabo ese gran designio necesita de poder, la capacidad de realizar lo que se pretende realizar. Martin Luther King también había estudiado en el seminario a Paul Tillich, el filósofo protestante. El enseñaba que el poder era la "autoafirmación dinámica de la vida", la imposición de una voluntad individual que vence toda existencia interna y externa (Tillich, pág.55). Sin poder no hay ser. Luego, cuando los hijos de la luz, abandonan el campo de batalla lo dejan en manos de los hombres de mala voluntad. Y eso era algo que Martin Luther King no estuvo dispuesto a hacer: aceptar el fracaso de su sueño por negarse a luchar por el poder y aceptar cobardemente la impotencia. Peor aún, dejar todo en manos de los otros. Martin Luther King no podía ni debía ni quiso desertar.

Cuando el fragor de la batalla es ensordecedor y ya no sabemos quién es quién, surge siempre una segunda tentación: la traición, el pasarse al bando del enemigo. Mal que mal, si la causa de la justicia depende de la victoria de uno y sus adversarios son formidables en su poder y maldad ¿no será el momento de utilizar sus métodos para vencer en el nombre de Dios y de sus sagrados designios? Pedro desenvaina la espada en el huerto de los Olivos. Es la resistencia armada del discípulo, pesar de todas las advertencias de su maestro, quién no porfiaría ni llamaría a la guerra santa, (Mt 12, 18-19) Jesús había llamado Satanás a Pedro; pero él, quizás al igual que Judás, no soporta la idea de haber seguido a un profeta desarmado. Judás traiciona; Pedro vacila.

III.- La tentación de la traición y dos nuevos antídotos

Dietrich Boenhoffer expresa este dilema. Usar los métodos del enemigo para vencerlo o ser vencido. Teólogo luterano participa en la fundación de la Iglesia Confesante y llama abiertamente a la resistencia política contra Adolfo Hitler. Tras 1939 se une a un grupo clandestino de la resistencia que buscan derrocar el régimen antisemita. Es detenido por aportar dinero para ayudar a huir a judíos a Suiza. Estando en la cárcel se produce el fallido atentado contra el Führer. Es el 20 de julio de 1944. Es condenado a muerte y ahorcado el 9 de abril de 1945, completamente entregado a Dios. Lo matan acusado de haber intentado asesinar a su enemigo. Lo cierto es que fue exculpado de ello totalmente en 1990, pero su trágico fin nos recuerda que no podemos olvidar el precio que el éxito puede imponer sobre nuestros hombros. Sí, en palabras del teólogo, "la realidad es que el éxito histórico, crea el único suelo sobre el cual la vida puede continuar". Es cosa de doctrinarios irresponsables olvidar esta pesada carga que es inescapable pues "la última cuestión de la responsabilidad no estriba en saber cómo logro salirme yo del asunto de forma heroica, sino cómo debe continuar viviendo una generación venidera". Y hay veces que para salvar a los que vienen, debemos sacrificarnos nosotros usando medios moralmente dudosos o peligrosos (Weber, pág. 165).

El problema de este realismo político es que introduce la lógica medio-fin a la acción política, asemejándola indebidamente con la producción económica. En esta última la violencia es inherente. El fabricante utiliza la violencia contra los recursos materiales, los manipula, los domina en aras de su obra que es su finalidad. De ahí que a Hannah Arendt no le extrañe que la acción política, bajo la lógica de la fabricación, termine en la violencia. El problema es que la acción política trata de las relaciones entre seres humanos. Aquí los medios son personas. Y, Arendt, admiradora de Kant, cree en un "reino de fines". En dicho reinado cada ser humano es un fin en sí mismo y jamás puede

ser convertido en un medio. Cuando olvidamos estos términos caemos en aquellas horribles analogías que, pretendiendo justificar la violencia de las revoluciones, sostienen que “para hacer tortillas hay que romper huevos”. Las sociedades no son tortillas ni los seres humanos huevos.

Además el poner toda la tensión ética sobre los resultados de la acción, supone una opción extremadamente peligrosa. La acción política es selección y decisión, pero también apuesta en el sentido de que siempre nos someteremos al riesgo y a la incertidumbre. La acción política supone estrategia, es decir, ir constantemente reevaluando escenarios que irán siendo modificados por las nuevas informaciones que nos lleguen y del azar siempre presente. Las reacciones de nuestros adversarios, gatilladas por nuestras propias acciones, se desarrollan en un ambiente inestable de interacciones que no controlamos. Así nuestra propia acción, en sus consecuencias y resultados, se escapa de nuestras intenciones.² Martín Lutero entrando a Worms, era un reformador de los abusos de la Iglesia Católica. Al salir de Worms lo hizo como un hereje excomulgado y amenazado de muerte por el joven Carlos V. Y Dios sabe que así el no lo quiso.

La capacidad de predecir las consecuencias sociales de los actos del político es muy baja. De ahí que deban ser escuchados el consejo aristotélico –“la buena actuación es ya un fin”-, la derivación maritainiana –“los medios son los fines en realización”- y el aserto gandhiano –la relación medios a fines es la relación que une la bellota con el roble-. En tiempos de alta complejidad e incertidumbre, lo único cierto es lo que hemos hecho. Y, de las consecuencias de nuestros actos y omisiones, poco podemos saber. Si cedemos a la tentación de la traición, usando malos medios, podemos terminar no alcanzando el éxito y quedarnos atrapados eternamente por el mal medio.

V.- Conclusión

La política es el arte de conquistar el poder en aras del bien común. Condición humana inescapable, derecho cívico y deber religioso. Se trata de trabajar por adquirir y mantenerse en el poder, siempre en dramática tensión con la conciencia personal. Por eso no es fácil huir de las tentaciones sufridas por Pedro, desertando en el Sanedrín o traicionando en el Huerto de los Olivos.

El desertor que se declara “apolítico” simplemente es un ser que deja todo, su vida incluida, en manos de los poderosos. Ello es particularmente cierto en una sociedad como la nuestra donde una infinidad de aspectos sociales influyen directamente en lo más íntimo de nuestras vidas. Si es cierto que la política es el arte de decidir por parte de la nación lo que queremos hacer con el Estado, El apolítico se lo deja en manos de cualquiera, de los políticos profesionales, de los grandes empresarios, de las corporaciones, de las burocracias públicas, menos en sus manos. Se ha convertido en un *idion*, en un ser privado de razón pública y de capacidad política.

El aspirante a traidor debe recordar que una política desprovista de ética puede ser muy irrealista y de muy corto plazo. Ganar fama de ladrón y mentiroso nos condena a

² Como dice el propio Weber: “frecuentemente o, mejor, generalmente, el resultado final de la acción política guarda una relación absolutamente inadecuada, y frecuentemente incluso paradójica, con su sentido originario”. Weber, Max; La Política como Vocación, en: El Político y el Científico, op. cit., p. 157.

tener piernas cortas. Además la escisión entre conciencia y acción terminará por destruir la sociedad entera. Esos políticos realistas, más temprano que tarde terminarán por invadirlo todo con sus malas prácticas y devorándose ellos mismos. La razón nos la da Sócrates interpelando a Trasímaco en La República:

"¿Te parece que una ciudad o un ejército, o unos piratas, o unos ladrones, o cualquiera otra clase de gente sea cual fuese aquello injusto hacia lo cual marchan en común, podrán llevarlo a cabo si se hacen injusticia los unos a los otros?" (Platón; La República, 351, d).

Finalmente, todo cristiano está llamado a dar testimonio y luchar pues entre éstos están los vencedores. Sin embargo, el éxito debe ser entregado en otras manos cuyos designios son extraños. En efecto y pensando en términos no religiosos, si Atenas, Roma y Jerusalén son los tres pilares de la llamada cultura occidental cristiana, estos se levantan sobre tres grandes "fracasados" de la historia, que perdieron todo poder, incluso el poder de seguir viviendo: Sócrates, Cicerón y Jesús. Sin embargo, la eficacia de su poder, en el largo plazo, es obvia. Se trata del poder integrador, es decir, de aquel que forma organizaciones, familias y grupos unidos por el respeto, la lealtad o el amor (Boulding pág. 54)

Ello es especialmente cierto para un seguidor de Cristo pues como escribió Charles de Foucault:

*"El maestro fue calumniado,
el siervo no debe ser alabado.
El maestro quiso aparecer pequeño,
el siervo no debe pretender aparecer grande"*

Pedro, el duro de cabeza, finalmente lo comprendió. Por eso la tradición cuenta, con justicia, que pidió ser crucificado cabeza abajo, indigno de morir como su Maestro. En la hora final no desertó, ni traicionó y, siendo crucificado, triunfó.

Bibliografía

- Bonhoeffer, Dietrich; **Resistencia y Sumisión**, Sígueme, Salamanca, España
 Boulding, Kenneth (1993); **Las tres Caras del Poder**, Barcelona: Paidós
 Buber, Martín (1960); **¿Qué es el hombre?**, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, p. 63.
 Frady, Marshall (2003) **Martin Luther King**. Barcelona: Mondadori
 Häring, Bernhard (1995) **Las cosas deben cambiar**. Barcelona: Herder.
 Maquiavelo, Nicolás (1995) **El Príncipe**, Alianza Editorial, Madrid
 Micco, Sergio y Saffirio, Eduardo: **Anunciaron tu muerte**. Ediciones del Bicentenario. Ced. 2000.
 Spallaci, L.; Política (teología) (1980) En: Rossi, Leandro y Valsecchi, Ambrogio; **Diccionario Enciclopédico de Teología Moral**. Madrid: Ediciones Paulinas, 4º Edición.
 Tillich, Paul (1970) **Amor, Poder y Justicia**, Ediciones Ariel, Barcelona, España, 1970
 Weber, Max (1996) La Política como Vocación, en: **El Político y el Científico**, Alianza Editorial; Madrid; España.